

El poeta, el vagabundo equilátero que hay en León Felipe, además del catedrático que escruta y acendra, después de lecturas y de sueños, ha ido a Panamá, una de las tierras por donde pasó la brava España del siglo XVI y por donde han discurrido la utopía de Bolívar y la ambición de Francia, postergadas por la rapacidad imperialista de un pueblo que ha hecho mártir de su geografía a otro pueblo que tiene la certidumbre de que un día afirmará su personalidad. En el trópico, lujo desordenado de América, el poeta hallará esencias españolas, gracias a la limpieza de su alma castellana y nos la devolverá en uno de esos poemas totales que son voces agudas, distintas, de la España una y diversa, que no acaba de cumplir su misión y que nos penetra ahora con su claro acento clásico.

UNA ESTRELLA FLAMENCA EN CIELOS DEL SUR

EL ARTE NOCTURNO DE VICTOR DELHEZ

Desde La Paz, Bolivia, hemos recibido la siguiente colaboración, que gustosamente insertamos, y que se debe a la pluma del escritor boliviano FERNANDO DIEZ DE MEDINA, ya ampliamente conocido, así por sus libros de ensayos como por sus poemas, dentro del país a que pertenece, como fuera de él. El poeta ha tenido la gentileza de enviarnos, al propio tiempo, las ilustraciones, de notable calidad, que constituyen el tema de este artículo.

"Yo soy como el cielo estrellado: movable y sosegado".

Holderlin.

PARA el septentrional, habituado a menor densidad de luces, las noches del Sur con sus cielos cuajados de estrellas y la cauda numerosa de sus constelaciones, tienen un brillo cegador, antes padecer visual que freno del entendimiento.

¿Cuál habría sido la emoción del profundo Plotino que percibía el ritmo de la belleza abstracta en la rotación musical de los astros, y del sutil Lucrecio a quien empavorecía el silencio aterrador de su marcha, ante el deslumbrador espectáculo de los cielos del Sur, donde el oro de las constelaciones entona un himno solemne que triunfa del pavor de los abismos?

En el Sur el ojo humano percibe mejor el mundo estelar. Desde la infancia curiosa que indaga, la vista fortalece sus poderes extensibles y aprende a enriquecer las percepciones bajo el energético acicate de un cielo cargado de estrellas;

Por

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

para el contemplador nocturno la cúpula sidérea educa la voluntad, aguza el entendimiento y depura el sentimiento estético de la visión. Por eso Chocano dice que la Cruz del Sur es la condecoración de los abismos; y el incógnito Narayan afirma que en el hemisferio Sur fulge la luz más viva, porque proviene de fuentes más puras que no alcanza el áspero desvío de los hombres.

Aquí, en el hemisferio Austral, todo lo que luce es bello. Una clara geometría construye sus formas nítidas y es el perfil más puro cuanto mayor es el tumulto de los cuerpos.

Estamos en la meseta andina, bajo el claror sin término de la noche altiplánica. Millares de estrellas vierten su lumbre cálida. Una infinita vibración sacude el infinito cielo. Los astros solitarios, las constelaciones tumultuosas, las estrellas más distantes irradian luz potente. Todo es como un convergir de fuerzas misteriosas que llaman a la inteligencia humana desde el fondo sin linde de la noche. Antes que la clásica imagen "sinfonía de la noche estrellada", el cielo sugiere un coro innumerable de voces cuya potencia y extensión rebasa los límites acerados de la lógica que reprime y clasifica. Sólo algunos trozos de la "Misa Solemne" de Beethoven y otros de las "Pasiones" del inefable Juan Sebastián Bach, dan idea de este flujo concertado de voces que del infinito emergen y en lo temporal se resuelven.

Absorta en la contemplación del maravilloso espectáculo, la mirada habituada a paecer en sus eternos campos se siente, de pronto, herida por el reflejo de una luz extraña.

—¿Qué luz es ésta que sorprende y mortifica? ¿De dónde proviene su fulgor desconocido?

Es una estrella menuda y lejana. Surge de la noche del tiempo. Su luz es verde y pura. No tiene la calidez de otros pobladores del cielo austral; es más bien fría, serena al emitir su irradiación. Su mensaje sin dejar de ser difícil, no está distante de lo fácil; primero hiere, luego atrae. En el soberbio contrapunto de la noche estrellada, es una voz perdida y suelta, distinta a todas las demás.

—¿Quién es este huésped misterioso que surge en el esplendor de los cielos del Sur?

—Una estrella flamenca... Una estrella flamenca...

HOMBRE

Un día de septiembre hace su aparición en la ciudad altiplánica.

Los habitantes de La Paz contemplan con indiferencia a este pequeño nórdico, de ojos claros y dulces, cuyo espíritu finge estar desasido de toda voluntad de dominio. Desciende en la estación acompañado de un gracioso perrito a quien llama "Cocoliche" y se refugia en un hotel cualquiera, modestamente, como el más humilde de los hombres.

Menudo de estatura, magro, su apariencia física pasaría desapercibida si no fuese la espléndida cabeza que parece aventada de un lienzo primitivo. La tez blanca tiene a veces tonalidades de marfil. Fina, desordenada la cabellera. Noble el perfil de la nariz y espaciosa la frente. Hasta la barba obscura, que fluye suave y cerrada, hace un contraste equilibrado en torno a la claridad de la piel.

La esencia de este rostro asoma a los ojos; son dos ojos lúcidos y fríos, penetrados de una fuerza tranquila que sabe sus caminos. En ese doble instrumento de percepción concentra el hombre su máxima vitalidad: Delhez vive por los ojos que se adelantan, parecen próximos al salto como si quisieran acercarse más a la naturaleza de fuera. Toda la actividad del alma está expresada en este par de ojos serenos, seguros de sí mismos, que se movilizan con asombrosa rapidez dentro de sus órbitas; se diría, por instantes, que un invisible sentido táctil rige la acción de su mirar pasmoso, que da la sensación de adherirse a los objetos. Observando las acciones y pasiones de estos ojos, se comprende que el artista nació para dominar el mundo exterior.

Delhez, en lo físico, es una figura de las que solía pintar Van der Goes, el delirante primitivo:

diminutas, a veces en evidente desproporción con otras, pero concentrada siempre en el rostro una maravillosa expresividad, como sucede en sus ángeles aéreos y patéticos.

Es el más sencillo de los hombres. Ignora los secretos recursos de la diplomacia citadina que mediante la prensa y la propaganda hace en pocos minutos el éxito anticipado del expositor. No busca halagos ni dinero; por eso se le ve vivir sobriamente, sin solicitar amistades ni conocimientos interesados. Su naturaleza de niño se satisface con goces puros y simples; lo inquieta, lo fatiga enormemente el preparativo previo a la exposición de sus trabajos. Quiere regresar a Cocaraya para evadirse de la colmena humana que presiente.

—¿Qué se sabe, por referencias aisladas, de Víctor Delhez?

Es un belga de Flandes. Tiene 34 años. Vanguardista en París, residió muchos años en Buenos Aires—al extremo que la crítica lo considera argentino—y viene de una finca de Cochabamba, Departamento de Bolivia, donde hace un par de años trabaja sus grabados sobre temas bíblicos.

Expone en La Paz porque espíritus amigos lo empujan a ello. Su ausencia de sentido práctico, su falta de capacidad combativa para la lucha de las figuraciones y los éxitos sociales, jamás habrían emprendido esta aventura. Son manos amigas, corazones generosos los que lo sustraen del plácido refugio de la finca Cocaraya, para traerlo a la primera ciudad boliviana. Al inaugurarse su exposición de temas bíblicos, el público se pregunta desconcertado:

—¿Es este hombrecito sencillo y bondadoso, el autor de tanta belleza?

Todos se atropellan por conocer al artista, que sostiene heroicamente la acometida; diplomáticos, hombres públicos, señoras, críticos, periodistas, aficionados, se afanan por escuchar de sus labios la historia de esa extraordinaria inquietud que cuajó en tan bellas obras. El artista absuelve pacientemente las interrogaciones, explica motivos técnicos, diserta sobre escuelas e influencias, hace historia, crítica, crea una atmósfera estética en torno a su obra; pero todo en tono menor, con esa limpidez espiritual que tendría un maestro al hablar a los niños, despojado de toda pretensión, casi avergonzado más bien de su sabiduría y de los elogios que se le tributan.

Es un verdadero niño de alma vieja. Sabe mucho en cuanto atañe a su arte; sin embargo, no ha aprendido todavía la ciencia elemental de vivir bien y hacerse poderoso. Es puro como una criatura, candoroso, descuidado. Tiene la ingenuidad del justo y la fuerza tranquila de la sana varonía, que sólo busca imponerse por el amor. Todo en él



"Exorcismo".—Tema bíblico.—Grabado.

es claro y simple, como el cauce infantil de su alma que vive para la sinceridad.

Polifacético por sus experiencias vitales—es ingeniero, grabador, polemista, crítico, pintor, viajero impenitente, espíritu filosófico, narrador, poeta y otras cosas—es uno e indivisible en función de la personalidad; dice a críticos y periodistas lo que siente, con ruda y cortés lealtad; su voz pausada acude allí donde se vierte un juicio errado. Es el espíritu que inspira más confianza por ser el que se brinda con mayor amplitud; no tiene nada que esconder; es puro y limpio como su arte.

Para poder concentrarse y producir seriamente, abandona una posición social, su comodidad, su propia seguridad económica. Como el Doctor Negro, en el "Stello" de Vigny, su lema es: solo y libre, cumplir su misión. Su independencia para crear no lo conduce al egoísmo estéril de los artistas egocéntricos. Delhez deja, por donde pasa, leales amigos. Así en Buenos Aires una trinidad noble y generosa sigue sus pasos, comparte triunfos y desesperanzas; Dáneo, Perceval, Schiavo; el primero es un ingeniero, espíritu excepcionalmente dotado para la cultura y los ejercicios de la razón crítica; el segundo es un compositor que toca maravillosamente el órgano; el tercero un poeta, aún desconocido, que no encuentra, en una metrópoli de dos millones de habitantes, un editor para su soberbio "Canto a Buenos Aires".

Después de permanecer un mes en La Paz Delhez retorna a Cochabamba. El hombrecito se va obteniendo escasa utilidad económica. Vendió mu-

chos grabados, pero como no tiene sentido del dinero, se desprendió de ellos a precios excesivamente bajos, que no guardaban relación con la calidad de su trabajo. Ha despertado multitud de críticas y comentarios. Numerosos amigos y admiradores lo acompañan espiritualmente. El hombre ha perdido la partida; pero el artista ha ganado un éxito rotundo.

La noche que lo despedimos, pocos minutos antes de partir el tren nocturno a Cochabamba, Víctor ha extraviado los boletos, ha perdido la llave del cajón en que viaja "Cocoliche"; lleva dinero encima, pero como ignora dónde lo tiene, se ve obligado a prestarse unos centavos para dar propina al cargador. ¡Ah, naturaleza increíble la de este niño flamenco, que se enreda en las sueltas mallas del vivir cotidiano, mientras toda su fuerza se concentra y triunfa al expresar los abismos del genio creador!

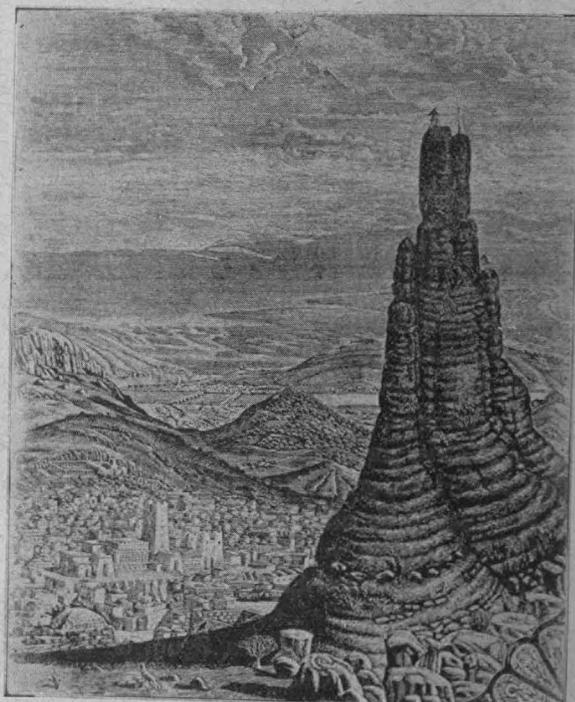
ESPIRITU

—¿Quién habita el alma de Víctor Delhez?

—Un europeo de la decadencia; la frase es más significativa de lo que sugiere el primer momento. Como suele ocurrir cuando una cultura llega al zenit, en la decadencia florecen las sensibilidades más atormentadas y también las más lúcidas.

La contemplación de sus grabados, antes que la apariencia especular de los prodigios técnicos, admite la presencia de un cosmos espiritual. Antes de conocerlo personalmente, sus maderas anuncian al auténtico creador, es decir, al que supera el hábil tecnicismo de una ejecución mecánica por la

"Tentación".—Tema bíblico.—Grabado.

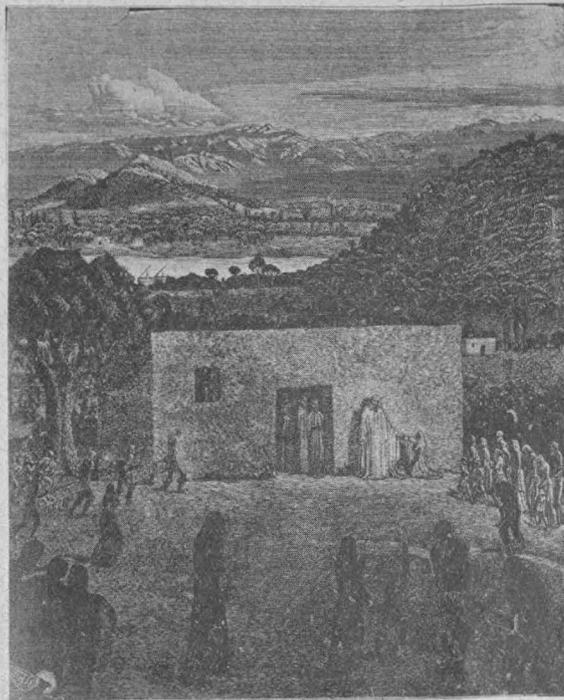


revelación del hábito interior que anima la materia, antes pasión del alma que dolor del cuerpo.

En función de su época es un máximo representativo del drama psíquico que acosa al europeo. Lleva en sí toda la tradición del arte occidental contemporáneo; pasó y padeció la experiencia de todas las escuelas. Hizo pintura, dibujo, grabado. Fue realista, impresionista, buen cubista, intencionado superrealista. Sintió y vivió la oposición encontrada de las tendencias. Renegó del clasicismo y de la plástica renacentistas. Después de exponer de acuerdo a las audacias de los "ismos", asistió a la terrible experiencia de la vanguardia derrotada, y tuvo que abandonar también sus caminos para salvarse. De esta ruptura con las escuelas y los cánones antiguos y modernos, nacen sus ilustraciones a Baudelaire, síntesis estética de nuestro tiempo, porque expresan la anarquía dominante de las ideas y la sensibilidad contemporáneas.

Delhez es un decadente que agotó las posibilidades de vanguardia. El que perdió la fe en lo clásico e intentó liberarse del realismo de varios siglos, colmado por los maestros de antaño, tiene que perder también la esperanza de surgir en el movimiento frustrado de las escuelas de avanzada; mas como el alma inmortal burla la caída de las tendencias pugnando por hallar nuevos caminos, el artista busca una salida a su patética lucha. En este instante supremo tropieza con Berdiaeff, el original pensador ruso que insistiendo sobre el tema central que atrae al pensamiento mo-

"El Rebelde".—Ilustración a Baudelaire.—Grabado.



"Jesús y los Enfermos".—Tema bíblico.—Grabado.

derno, preconiza el fin del Renacimiento y el retorno a una Nueva Edad Media.

Una Nueva Edad Media; he aquí el camino. El flamenco quiere desprenderse del racionalismo de varios siglos, para volver a las zonas intuitivas del alma donde el espíritu podrá recuperar todo lo que ha perdido bajo el esplendor material del Renacimiento. Su pensamiento histórico moderno, quiere trocarse en pensamiento metafísico, de verdades eternas y profundas, para crear el nuevo medioevo.

La angustia del hombre moderno, ese "pathos" desgarrador de duda y desconfianza que conduce a la disociación de los valores—tan admirablemente expresados en el "Contrapunto" de Adous Huxley—los ha vivido intesamente Delhez. Pero lejos de ser un apocalíptico de la catástrofe final, o de consumirse en el escepticismo taladrante de la sociedad actual, el artista se aferra a una posibilidad de salvación, reniega de las formas normativas de la vida y tiende la mirada hacia el mundo nocturno de que habla Berdiaeff, al que tiene luz de estrella, porque no se mide en años sino en espacios celestes.

¿Qué lo salva en ese derrumbamiento de valores preconizado hace más de medio siglo por el genio intuitivo de Nietzsche?

Lo salva la tradición del genio flamenco. Aunque el arte de Delhez es nocturno, porque busca una gnosis religiosa que lo exprese y afirma su valor ontológico en un movimiento hacia la profundidad del ser, de donde brotará la revelación oculta por el día caótico de la confusión moderna, sus grabados son una nueva tentativa del alma

flamenca, son la fuerza inaudita de la tradición que acompaña al artista en su periplo por los caminos del mundo y busca, una vez más en el ébano del tiempo, aquella prodigiosa claridad que se filtra en los lienzos de Van Eyck, dora los cuerpos dionisiacos de Rubens, vibra entre las sombras de Rembrandt y hace límpido el paisaje en Patinir. Estos pintan, Delhez graba; pero de todos es la luz, porque la esencia del genio flamenco es ese aspirar eterno hacia lo claro, que desde la objetividad pasmosa de Van Eyck hasta el candor subjetivo de Memling, se resuelve en excelencias del ver y el expresar.

Un gran viento profético sopla en los grabados delhezianos, como si el artista anunciara una evasión de la rigurosa plástica renacentista y una superación de la vanguardia derrotada. ¿Anticipa un nuevo primitivismo, una síntesis de principios elementales, una suerte de realismo mágico o algo que recién está por venir, esta mano que domó la gubia e hizo saltar chispas de luz en la noche sombría de la madera intacta?

Delhez representa, en el grabado, lo que Proust en la literatura: una nueva manifestación en la manera de sentir y de expresar el mundo. No es la reanudación arcaica del pasado, pero anuncia un futuro que tal vez no alcanzaremos a conocer en plenitud. Su alma es como su arte: apariencia de niño que guarda esencia creadora; por esto se hace difícil, a simple vista, entender el lenguaje significativo y profundo de sus grabados, donde vive sus primeros sueños un alma cuya magnitud no podemos medir, pero que ha fijado ya su camino: la cima o el abismo, porque esta sensibilidad sutilísima que doma una implacable voluntad de disciplina, no ha nacido para planos intermedios; o perdura o desaparece. "Mi pequeño talento y mi gran voluntad..." ¿Qué cielos puede abrir esta llave?

No es menos interesante conocer y entender al hombre, porque en Delhez habita el trágico destino del espíritu moderno con sus rupturas y su desequilibrio angustioso, su polivalencia y sus contradicciones enigmáticas. Por esto el que algún día nos hable en profundidad de su arte, tiene que hacer saltar, detrás del luminoso creador de belleza, al hombre trágicamente humano que es el flamenco, síntesis activa del pensamiento contemporáneo por la intensidad de sus conflictos, la enérgica expansión del cosmos interior que se fragmenta y se reconstruye incesantemente, y aquel sentido de evasión que viene madurando el espíritu occidental.

Es tan profundo y vasto el "caso espiritual" Delhez, que apenas si apuntamos en estas líneas su valor trascendente. Pero quien ha tenido el privilegio de conversar en intimidad mental con

el flamenco, sobre temas de la cultura contemporánea y problemas del alma moderna, aprende a conocer la terrible conmoción anímica que mueve esta inteligencia, apasionada, encubierta por una plácida apariencia de tranquilidad, mientras adentro cunde el hervor de un despertar mesiánico.

Frases tomadas de su diario: "Se acerca la terminación de la estética; no caben todos los conceptos que quieren meter en ella los modernos. ¿Dónde vamos? Se puede suponer que el signo de lo nuevo será la fuerza, la violencia, el desequilibrio; esto constituiría una reacción saludable después de los siglos de pensamiento, de taller, de cabelle. Todo lo que se dice del arte actual es verdad. El alma blanca se está sobreviviendo asquerosamente, como un fénix repugnante. Un rumbo nuevo surgirá en la vida, después de que hayamos roto con la casi totalidad de nuestro espíritu".

¿Se comprende, ahora, por qué Delhez es uno de los espíritus más interesantes y sugestivos de nuestra época; y por qué, juzgando su doble condición de reposo exterior y tumulto en lo íntimo, se le puede aplicar la frase de Holderlin: "Yo soy como el cielo estrellado, movable y sosegado"?

O B R A

Empresa arriesgada es dar idea, en pocas palabras, de lo que viene realizando el flamenco.

Un día contempla un cuadro; el tema es clásico: Cristo entre los dos ladrones. De súbito siente el deseo imperioso de acometer una obra cíclica: el "Tríptico Baudelaire—Cristo—Dostoiewski"; serán 200 grabados, 60 baudelerianos, 80 bíblicos y 60 dostoiewskianos. Otro día me ocuparé detenidamente de analizar los fundamentos de esta gran concepción ideal, donde el Cristo, símbolo y fuente de la más alta humanidad, afrontará la dramática oposición a Baudelaire, el profeta a corto plazo y Dostoiewski, el profeta a largo plazo, o sea el Redentor supremo de los hombres, frente al precursor que soñó redimir al espíritu como individuo y al precursor que soñó redimirlo como muchedumbre. ¿Cuántos años de silenciosa y abnegada labor, cuántas luchas y vacilaciones, cuántos quebrantos supone la temeraria empresa, sobre todo si se considera que el artista no quiere repetir, sino crear nuevas versiones por su genio? ¿Cuántos centenares o millares de figuras brotarán bajo la acción de esta garra que desbrida la madera?

Por la grandeza de la concepción, el propósito delheziano recuerda aquella monstruosa tentativa de "La Puerta del Infierno", que Rodin jamás vio concluida porque estaba más allá del límite señalado a la capacidad del individuo.

Los 60 grabados sobre Baudelaire, están concluidos; de los temas bíblicos sólo tiene 28 ter-

minados; no está, pues, ni en mitad de la jornada y, sin embargo, transcurrieron largos años de penoso y sostenido laboreo. ¿Cómo medir el estuendo heroísmo de este admirable espíritu, que huyendo de las fascinaciones de la ciudad moderna, se refugia en una plácida finca del valle cochabambino, para defender una obra que le sobrevivirá en el tiempo?

El arte de Delhez no tiene antecedentes en el grabado clásico ni contemporáneo; es nuevo, aunque le nazcan similitudes temáticas o de apariencia visible en las formas, para el ojo acostumbrado a percibir relaciones e influencias en la historia del arte. La crítica lo llamará post-expresionista, superrealista, neoclasicista, tal vez una manera de realismo mágico y otras cosas. Lo evidente es que su arte es muy antiguo y muy moderno, porque rebasa la educación clásica de las construcciones y supera la estilización de vanguardia; por ello es de ahora y es de siempre la mágica geometría de sus dibujos.

Lejos de las concepciones estáticas de Doré—esos famosos apóstoles hieráticos, barbudos, rígidos del francés, por ejemplo—las figuras delhezianas tienen la dinámica espiritual que viene de la entraña; son la esencia interior hecha forma evidente y palpable. El flamenco mora un mundo real, doloroso, implacable que muerde el espíritu con ansia frenética de garra; por eso, a pesar de estar revestido por apariencias ideales que emergen de la imaginación creadora del artista, su sentimiento trágico de la vida habita un segundo plano en sus grados que se manifiesta así como dejamos de observar la superficie especular de las apariencias.

Dice Landsberg, refiriéndose al arte gótico, que se admira en éste el juego desenfrenado de los adornos, la fantasía desbordante del hombre imaginativo, sin atender lo bastante al orden matemático extremado con que está construida la catedral gótica; sin hacer resaltar la enorme regularidad en derredor de la cual gira el bello juego de los motivos decorativos. Esto se aplica justamente a Delhez, en quien se ha querido ver, muchas veces, al preciosista en alardes técnicos, sin advertir que su técnica le sirve más bien para expresar los órdenes secretos de su comprensión del mundo.

Delhez es un gótico en cuanto le nace de la entraña del ser la aspiración al orden, para expresar no vivencias históricas, sino esencias metafísicas del pensamiento humano; es moderno, altamente moderno, cuando en el lidiar de sombra y luz que disputan superficie, reviste las cosas de nueva faz, como si un virginal perfil les brotara de lo hondo.

El mundo exterior le sirve sólo de referencia para manifestar su discernir eminentemente sub-

jetivo de todo lo que mora en el contorno. Su sabiduría vital está fielmente expresada en sus grabados; es—se lo dice un crítico belga—la mano de un gran poeta que ha aprendido a sondear profundidades de excepción y a invertir la idea pura en imagen. Los motivos bíblicos son meros pretextos para que el artista manifieste todo lo que sabe del mundo, de la tierra, de sus llanuras y montañas, sus plantas y sus árboles, su luz y su sombra, su espacio, del hombre con su nobleza y su miseria, sus ademanes y su porte.

En su arte es absolutamente libre. Interpreta los Evangelios sin ceñirse al dogma católico, ni siquiera a la concepción general cristiana. En uno de sus grabados, el Cristo es un negro, porque así concibe su mente al Redentor: fuera del tiempo y del espacio, superando la geografía, el concepto racial, la limitación histórica. Son imágenes del Cristo que no encontramos en ninguna parte; a veces casi aéreas, con sólo un valor de sugestión, como en los primitivos flamencos; otras rehusan mirar al espectador y voltean audazmente el rostro para expandir la sombra del torso como en "Cristo y los Doctores"; casi siempre atrevido el escorzo, inédita la interpretación. Estiliza con audacia, perespiritualizando la materia. El Cristo de sus grabados no es el Cristo que adoramos en las iglesias ni el que aprendimos a venerar en las estampas; es un Cristo nocturno, que se esfuma de la tierra para volar al cielo, tamizado a través del alma ardiente de un artista que viviendo en pleno derrumbamiento de valores, quiere recrear dentro de sí nuevas representaciones estéticas sobre las cuales afirmará el ascenso a una nueva vida espiritual. Las interpretaciones bíblicas de Víctor Delhez crean otra atmósfera al drama supremo del Cristo. Son una versión límpida, inédita de la Sacra Pasión Divina, como si se respirase un aire más fino y liviano en un mundo encantado.

Este arte fáustico, verdaderamente, por el infinito sentido de evasión del mundo real con que está construido, es un camino anárquico que el artista recorre anunciando aquel restablecimiento del orden que profetizara Federico Schlegel para cuando terminen las terribles conmociones espirituales que soporta la moderna humanidad.

Delhez cultiva una suerte de misticismo estético en la comprensión de la materia, como si el constructor, para entender estéticamente una cosa, se sustituyera a ella y fuera a un tiempo mismo sustituido por ella. Es la "simpatía simbólica" de que habla Basch y por esto su arte tiene la frescura matinal de una sensibilidad privilegiada que indaga detrás del potente resplandor del día, en busca de las íntimas esencias que fluyen en la noche misteriosa del ser.

—¿Qué nueva luz asoma al reino secreto de Alberto Durero y Gustavo Doré?

Una estrella flamenca vierte su lumbré de oro. Es una luz nocturna, lejana y misteriosa, como si no tuviera prisa de llegar. Pero el día que fluya

cerca del ojo humano que escruta la noche enlucrada, pervivirá en dichosas claridades, definitivamente, porque brota como revelación del espíritu —según la frase de Novalis— para dar un nuevo sentido al mundo de los hombres.

SOBRE UNA OPINION DE GEORGES DUHAMEL CINE, “RADIO”, Y BIBLIOTECAS

HACE poco tiempo, el nuevo guía del “*Mercure de France*”, Georges Duhamel, se lamentaba de que cada día hubiera menos lectores—según él, por la competencia de cine y “radio”—, y terminaba preguntándose si no sería una de las paradojas del progreso el hecho de que éste creara aparatos enemigos de la cultura.

Por lo que a nuestro país se refiere, todavía no existe ese problema ni vemos aún en la radio-telefonía y el cinematógrafo una actitud amenazadora para la civilización; a pesar de que en el primero se deslizan con frecuencia voces mediocres y música enervante, y el segundo se constituye a veces en vehículo de ñoñería puritana o de lascivia encubierta, con halagos a la sensualidad más primitiva.

El “radio” es todavía entre nosotros, pese a las veleidades mercantiles que reducen la estatura del invento de Marconi, un aliado de la educación, cuando su voz poderosa que suprime las distancias y sólo se llega a donde hay oídos preparados para escucharla, lleva en alas invisibles el mensaje que conforta, la palabra de aliento o la música dilecta de los maestros que sobreviven por sus melodías.

Y el cine, aunque a menudo se desvía de su misión y olvida que nació para captar la belleza plástica convertida en ritmo, se hace perdonar esas faltas cuando nos muestra, viajero incansable, la maravilla de lugares tan remotos que apenas con la fantasía podríamos llegar a ellos sin ayuda de las imágenes vivas, o cuando se desarrolla ante nuestra humildad una cinta portentosa de revelaciones estimulantes debidas a los sabios.

Cine y “radio” son, entonces, para nuestra sed de conocimiento, aliados sumisos y no enemigos

Por

FRANCISCO MONTERDE

jurados de la cultura, a pesar de lo que en contra de ellos opine M. Duhamel.

* * *

No obstante el descenso universal de la cultura, de que no sólo habla ese escritor francés—cuyos libros circulan entre nosotros, traducidos o en su lengua original—, todavía en México, por fortuna, el número de lectores va en aumento y no en disminución lamentable.

Podrá acontecer que algún individuo perezoso cierre el libro que leía, mientras escucha la voz del “radio”, o que otro prefiera ver en la pantalla, traducida en imágenes—rara vez superiores a las que puede crear nuestra fantasía—, la novela que pensaba leer; pero tales casos de pereza no abundan.

Con datos estadísticos—y la estadística no sabe mentir—, la Secretaría de la Economía Nacional ha hablado de una elevación constante de nuestra cultura, basándose en los totales que arrojan los datos recogidos en las bibliotecas.

En la República Mexicana, las bibliotecas públicas aumentaron casi en un veinticinco por ciento, en un año, y a ellas concurrieron ciento dieciséis mil lectores más que en el año anterior; a pesar de que el aumento de volúmenes no ha ido en la misma proporción durante los últimos cuatro años, pues no llegan a veintitrés mil los que han enriquecido las mismas bibliotecas.